

Filosofía Analítica en América Latina

1) Quizá la mejor manera de iniciar mi disquisición en torno a la utilidad, real o aparente, de la así llamada ‘filosofía analítica’ en América Latina sea haciendo el recordatorio de que si hay un problema con ella, éste en todo caso le atañe como a la especie de un género, es decir, concierne a la filosofía en general y no nada más a ella. Con el mismo derecho y la misma legitimidad con que se podría cuestionar la pertinencia de la filosofía analítica en nuestro continente podríamos preguntar por la utilidad, real o potencial, del existencialismo o de la fenomenología, por no citar más que dos ejemplos de escuelas filosóficas relevantes. Así, pues, no deberíamos olvidar que uno de los rasgos permanentes de la filosofía, tal como la conocemos, desde que ésta hiciera su aparición, en las Islas Jónicas, allá por el siglo VII antes de Cristo, ha sido su permanente necesidad de justificar su existencia. A diferencia de lo que pasa con las diversas ciencias o inclusive con las actividades artísticas, la filosofía siempre se ha visto forzada a enfrentar toda una variedad de acusaciones, que van desde la inutilidad práctica total hasta su permanente alianza con las fuerzas sociales retrógradas vigentes de su época. No estará de más observar, por otra parte, que muchas de las críticas que se han elevado en su contra han provenido no de papanatas ignorantes o de filisteos consumados sino de grandes humanistas y pensadores de primera línea. No hay más que echarle un vistazo al espléndido texto *Elogio de la Locura* o a las célebres *Tesis sobre Feuerbach* para confirmar lo que digo. Como era de esperarse, muchas de estas líneas de crítica han dejado a los profesionales de la filosofía más bien fríos y éstos en general no han sentido la necesidad de responder a esta clase de ataques. Esto es hasta cierto punto comprensible cuando las críticas son, llamémoslas así, ‘externas’. En relación con éstas, no obstante, me parece que la actitud correcta es la siguiente: hay desde luego que aceptar que en sí mismas no bastan para neutralizar o aniquilar la actividad filosófica, pero cuando están bien planteadas y son interesantes llaman la atención sobre diversas características de la filosofía que vale la pena considerar cuidadosamente, aunque sea para caracterizarla y defenderla mejor. Es evidente, por otra parte, que el asunto no termina allí, puesto que también desde el interior de la filosofía, desde sus ámbitos más puros y técnicos, tanto antaño como en nuestros tiempos, ha habido manifestaciones de insatisfacción, de decepción y de disgusto con la actividad filosófica tal como la conocemos y se le ha practicado. No creo que tengamos que ir muy lejos para dar ejemplos de casos así. Las filosofías de R. Carnap, J. Austin y L. Wittgenstein son una clara muestra de lo que estoy diciendo y me parece que difícilmente encontraríamos en nuestros días pensadores más brillantes que éstos. Asimismo, no estará de más traer a la memoria que si hubo algún grupo de pensadores distinguidos, de sólida formación científica y archi-

enemigos de la metafísica, usando en general ‘metafísica’ como sinónimo de ‘filosofía’, fue el de los positivistas lógicos. Es evidente, supongo, y por lo tanto no entraré en los detalles de esta cuestión en particular, que el hecho de que la escuela misma haya culminado en un fracaso no le resta importancia al dato mismo de su orientación en algún sentido declaradamente anti-filosófica. Desde luego que no se le puede conferir el mismo valor a las críticas externas que a éstas que podemos denominar ‘internas’, pero lo que es claro es que si efectivamente la historia nos enfrenta tanto con unas como con otras, el tema no puede ser simplemente ignorado, sino que merece ser abordado detenidamente. En lo que sigue, por consiguiente, discutiré rápidamente el tema general de la justificación o validación de la filosofía y, posteriormente, me concentraré en el caso de la filosofía analítica.

2) Daré, pues, inicio a mi reflexión con una pregunta simple, a saber, ¿es ineludible la filosofía? ¿No es imaginable una sociedad **sin** filosofía? Dando por supuesto que la filosofía y la ciencia **son** diferentes, que por lo tanto independientemente de cómo lo hagamos de todos modos siempre será relativamente fácil distinguir una de la otra, y asumiendo también que la ciencia es imprescindible: ¿no resulta entonces tentador deducir que con la ciencia nos basta, que la filosofía es de alguna manera redundante y que en principio cualquier sociedad podría pasarse de ella sin problemas? Es claro que los humanos no pueden vivir sin su tecnología (nosotros sin agua caliente, sin luz, sin gasolina, etc., los antiguos sin rudimentarios aperos, sin sus frágiles embarcaciones, sin sus sembradíos y así indefinidamente), pero a primera vista al menos sí podríamos hacerlo sin que la reflexión filosófica permeara nuestras vidas. Ahora bien ¿cómo hay que caracterizar a la filosofía, aparte de como diferente de la imprescindible ciencia, para que podamos responder a nuestra inquietud fundamental, a saber, si vale la pena o no, si tiene sentido o no, si es importante o no seguir practicando la filosofía en general y la analítica en particular? Después de todo hay multitud de problemas más agobiantes y urgentes que elucubrar en torno a, por ejemplo, el tema de la naturaleza de los portadores de verdad. Propongo entonces tentativamente la siguiente simple caracterización: la filosofía es una reflexión abstracta y global sobre diversos aspectos de la cultura y entiendo por ‘cultura’ el todo de las instituciones políticas, comerciales, legales, educativas, militares, religiosas, etc., que conforman a una determinada sociedad. Sugiero por lo tanto que, para los efectos de esta discusión particular, entendamos la filosofía como una meditación, sistemática o no, sobre la vida humana en todos sus aspectos, tal como ésta se desarrolla inserta en una u otra modalidad de cultura, en el sentido amplio en que empleé la palabra. Naturalmente, es parte esencial de la cultura en ese sentido el lenguaje de la cultura en cuestión.

3) Con base en lo que hemos dicho podemos desarrollar un cierto paralelismo que, aunque no tiene sentido intentar llevarlo más allá de lo que es, a saber, un mero parangón, de todos modos en cuanto tal puede resultarnos útil para pronunciarnos sobre el carácter prescindible o imprescindible de la filosofía considerada *in toto*. El

referente del parangón lo constituye el contraste entre conciencia y auto-conciencia. Desde este punto de vista, la filosofía puede ser entendida como la auto-conciencia de la sociedad y la cultura de una época, una sociedad, una civilización. Esto es importante porque si este pálido paralelismo resulta aceptable, de inmediato podemos inferir que la filosofía **no** es para nosotros, *homo loquens*, una institución, una clase de actividad, un especie particular de disquisición, prescindible o superflua. Un animal puede carecer de auto-conciencia, de identidad personal, etc., pero no un ser que crea y usa el lenguaje, a través del cual configura su entorno social, sus condiciones de vida, su pensamiento, su mundo. Se sigue que así como para nosotros la auto-conciencia es fundamental, así también para la sociedad en su conjunto la filosofía lo es. Así, pues, hay un sentido por lo menos en el que la filosofía no está en entredicho. De manera natural, cualquier sociedad, tarde o temprano, tenderá a desarrollar **alguna** clase de reflexión filosófica. Naturalmente, las filosofías de las diversas culturas tenderán a corresponder a sus respectivas ciencias y tecnologías, pero lo que es claro es que de todos modos siempre se producirá de manera más o menos espontánea alguna clase de meditación (hecha posible por el lenguaje) a la que llamamos ‘filosófica’, la cual revela entonces su carácter de ineludible. Aceptado en aras de la argumentación este tosco cuadro, podemos pasar a consideraciones un poco más puntuales y circunscritas.

4) La filosofía, sostuve, está esencialmente ligada a la cultura, en el sentido más amplio, laxo y elástico de la noción, pero habría que añadir de inmediato que no hay tal cosa como “La Cultura”. Lo que hay es una multitud de culturas que coexisten, sobreponiéndose unas a otras y ejerciendo influencia unas en otras. Las causas de estas influencias son múltiples y de lo más variado y no forma parte de nuestra labor encontrarlas, clasificarlas, etc. El punto importante es que la diversidad cultural es una realidad. De ahí que algo que a muchos (dentro de los cuales me incluyo) les resulte particularmente repelente sea precisamente la idea de que no hay más que **un** modelo cultural al cual todos los demás tendrían que ceñirse. En lo que a nosotros, practicantes latinoamericanos de la filosofía concierne, la idea en cuestión es rechazable por cuanto implica que entonces no hay más que **un** modo de entender la filosofía, **un** modo de practicarla, un conjunto de temas seleccionados en zonas culturales diferentes de la nuestra. Como descripción me parece el resultado de graves incomprensiones y como ideal detestable. Veamos qué podemos decir para no dejarnos atrapar en ella.

5) Soy de la opinión de que dado que la filosofía es un producto de **su** sociedad, quienes la practican profesionalmente no pueden tener otro objetivo que el de **servir** en o a sus respectivas sociedades. Nosotros en filosofía pretendemos servir con ideas y con pensamientos. Ahora bien, este enfoque de manera natural nos permite entender la vigencia o la caducidad de las escuelas filosóficas: en lo que podríamos llamar el ‘maratón de las filosofías’, diversas escuelas o corrientes de pensamiento de uno u otro modo, paulatina o rápidamente, se van rezagando en la competencia,

pero ello sucede precisamente porque son las que se van manifestando cada vez de manera más obvia como inútiles para o en sus respectivas sociedades. En este complejo proceso, diversas escuelas o tendencias o corrientes filosóficas van quedando si no en el olvido sí totalmente superadas, convirtiéndose poco a poco en momias filosóficas, esto es, en nuevas piezas para el museo de las ideas. La utilidad es, pues, un *desideratum* crucial en relación con el valor de la filosofía. Pero entonces ahora **tenemos** que preguntarnos: ¿**cómo** es útil o cómo **puede** ser útil la filosofía? Probablemente lo más ridículo que podría responderse sería algo como “efectuando análisis lógicos de oraciones” o “realizando deducciones trascendentales” o “analizando conceptos” o “efectuando reducciones eidéticas”, etc. Espero que se entienda que lo que quiero decir es simplemente que a una pregunta general como la planteada no se puede responder dogmáticamente con una caracterización propia de una escuela particular. La respuesta tiene también que ser general. Así entendida y muy a grandes rasgos, a mí me parece que los beneficios que aporta el trabajo filosófico son más bien cosas como el desarrollo de actitudes críticas frente al tema que sea (la percepción, el estado, la familia, el aborto, los números, etc.), la sistematización de nuestro pensamiento, el perfeccionamiento en nuestras formas cotidianas de razonamiento (a través de la denuncia de falacias recurrentes, por ejemplo), la exaltación de la imaginación, la gestación de nuevos interrogantes e inquietudes intelectuales, el impulso de nuevas ideas en diversos contextos científicos, la contribución de nuevos atisbos en los contextos estrictamente filosóficos y cosas por el estilo. Lo que tenemos que determinar es qué factores tienen que estar presentes para que podamos decidir si en nuestra sociedad la filosofía en América Latina cumple o no cumple con su misión.

6) Como es obvio, normalmente, cada profesional de la filosofía trabaja en su medio, pero dada la interconexión cultural que en la actualidad prevalece es igualmente cierto que se nutre para su trabajo de multitud de productos que no son engendrados en él (*i.e.*, en su medio). Justamente por eso, así como podemos hablar de transferencia de tecnología o de transferencias financieras, también podemos hablar de transferencia de lo que podríamos llamar ‘mercancías filosóficas’ (temas, terminologías, doctrinas, etc.). El dato cultural fuerte es que es un hecho que hay países en los que la producción filosófica está en algún sentido más desarrollada que en otros. Se efectúa entonces un fenómeno de sobreposición de las diversas producciones filosóficas, generando un universo en el que ciertas esferas de producción son o tienden a convertirse en parasitarias de otras. Esto es precisamente lo que se produce cuando la sociedad filosófica de un país o de una región cultural se limita a importar los productos filosóficos de otra. Podemos hablar entonces de colonización cultural en su modalidad filosófica. Este fenómeno alcanza su cúspide o su zenit cuando los miembros de la sociedad filosófica subordinada deliberadamente eligen ese mecanismo o procedimiento de transferencia de mercancías filosóficas como la **única** y desde luego la mejor forma de realizar su trabajo. Este es el caso más patético y más lamentable, puesto que de hecho a la

larga equivale a una especie de auto-cancelación de actividad filosófica genuina, en el sentido de propia, de original, de auto-repudio y de auto-negación. Lo que en ese caso se hace es más o menos lo que en algunas ocasiones se ha hecho en diversos lugares del mundo en relación con especies biológicas y que, ahora se sabe, tiene resultados desastrosos. Me refiero a la introducción brutal de especies propias de ciertas regiones en otras completamente diferentes. En general, lo que con ello se produce son desastres ecológicos e incontenibles plagas, posteriormente casi imposibles de corregir o erradicar. Y lo que quiero sostener es, *mutatis mutandis*, que en filosofía se produce el mismo fenómeno. Dicho explícitamente: lo que la total subordinación filosófica (sobre todo cuando se trata de la de peor calaña, esto es, la *de motu proprio*), la colonización ideológica, la sumisión mental en relación con las sociedades de filosofía de los países materialmente más avanzados generan en los países en los que dicho fenómeno se da son auténticas plagas filosóficas. Esto puede parecer no más que una metáfora, pero desde mi punto de vista tiene implicaciones muy serias concernientes a la legitimidad, la autenticidad y la utilidad de los subproductos elaborados en esas condiciones. Trataré de hacer ver por qué.

7) Pienso que dada nuestra caracterización de la filosofía, lo que salta a la vista es que hay una profunda incompreensión en quien imagina que los productos filosóficos son transferibles *simpliciter*, sin más. Para entender esto es conveniente ver por un momento la filosofía como un producto comercial más, lo cual es lo que se quiera menos erróneo. Desde este punto de vista tenemos lo que podemos denominar la ‘producción nacional’, las importaciones, realizadas en general sin aduanas y sin impuestos, y, lo que debería ser nuestro objetivo último así entendidas las cosas, esto es, la exportación de nuestros productos. Así, tenemos que en filosofía como en tecnología o en ecología no todo es transferible, por lo que lo que debemos intentar promover es ante todo el intercambio de bienes y no limitarnos torpemente y en una actitud derrotista a la importación irrestricta de las mercancías filosóficas de ultramar. El “laissez-faire, laissez passer”, el libre e irrestricto mercado en filosofía no nos conviene, por la sencilla razón de que no estamos en las mismas condiciones para competir. Desde este punto de vista, no hay ninguna diferencia esencial entre la filosofía y los bienes de consumo usuales. Nosotros sabemos de entrada que nuestros productos se enfrentarán a toda una batería de barreras proteccionistas (empezando por la no traducción) frente a las cuales no podemos hacer nada, en tanto que la inversa simplemente no vale. Sabemos *a posteriori* que dadas las asimetrías en los ámbitos fundamentales de la vida (la economía, el armamento, los bancos, etc.), en filosofía nosotros estamos en gran medida obligados a consumir los productos de otras zonas culturales y ello independientemente de la calidad de los productos de que se trate. Así, dado que también la filosofía tiene un mercado (revistas, congresos, cursos, seminarios, conferencias, etc.), sabemos, por una parte, que la producción de bienes filosóficos es de lo más variado y que va desde las grandes contribuciones hasta los miles y miles de bodrios aburridos, repetitivos, fácilmente rebatibles, nada interesantes ni aportativos pero que de todos modos

mucha gente se siente en la obligación de leer, de comentar y de tomar en cuenta precisamente porque son productos “de importación”; por otra parte, sabemos también que aunque haya productos filosóficos finos producidos en nuestros países, de todos modos por situaciones ajenas al mundo de la filosofía dichos productos no van a entrar en los grandes circuitos del mercado de las ideas **salvo** si lo hacen por los canales que en los países o sociedades más avanzados tienen establecidos para ello, es decir, en concordancia con las reglas que en ellos imponen (sus idiomas, sus vocabularios, sus modos de plantear los problemas, que no sean demasiados, etc.). No tiene ningún sentido negar la realidad de asimetrías estructurales inequitativas y, por consiguiente, lo que son desventajas objetivas obvias. De ahí que, por un sinnúmero de razones, tenemos que partir del hecho de que nuestra vida filosófica es de producción y de enseñanza, con variantes según los países, en un marco de dominación general en el que estamos subordinados. La pregunta aquí es: ¿cuál es la actitud correcta frente a **esa** situación?

El problema principal se plantea cuando se está convencido de que la producción filosófica nacional o continental debe limitarse o reducirse a practicar obedientemente la filosofía en concordancia con las reglas internacionales para el intercambio de mercancías impuestas por otros. En este caso eso significa que para que podamos siquiera sentirnos practicantes serios de filosofía, profesionales de la filosofía, lo que tenemos que hacer es no sólo leer en el idioma más universal, en este caso obviamente el inglés (lo cual en sí mismo obviamente no es criticable), sino dedicarnos a importar las temáticas de los filósofos de habla inglesa, comentar su producción, adoptar de manera literal o casi el vocabulario que se emplee, las formas de expresión usuales en los idiomas dominantes, esforzándonos por decir algo entregado en bandeja de plata de manera que los miembros de comunidades filosóficas más privilegiadas nos juzguen con condescendencia y lleguen, en el mejor de los casos, a vernos como buenos alumnos, como muchachos decentes y, eventualmente, pero muy rara vez, como pares. La ambición de muchos, desde esa perspectiva, es (adaptando un dicho de Berkeley) “hablar con el vulgo, pero hacer filosofía y pensar con el sabio”, denotando ‘el vulgo’ a sus colegas y ‘el sabio’ a los colegas extranjeros. Pero ¿es esta una posición defendible siquiera en principio? Mejor aún: ¿no es acaso indignante y hasta ofensivo que se le proponga, por así decirlo, en voz alta?

8) Seamos realistas: la situación ideal de intercambio equitativo no se da y no se va a dar. ¿Se sigue que la conducta razonable entonces es la del colonizado cultural radical? Obviamente que no. Antes de decir algo en este sentido más positivo y constructivo, quisiera intentar mostrar por qué la actitud del colonizado y del sometido cultural convencido está *a priori* destinada al fracaso.

El primer problema con la actitud del profesional de la filosofía auto-enmarcado en el contexto de la filosofía extranjera dominante es que éste

prácticamente reduce la labor de meditación filosófica a una tarea de traducción e importación de temáticas. De ahí que el importador filosófico de entrada se auto-incapacite para descubrir temas y acuñar nuevas terminologías. Al hablar de “traducción” me refiero desde luego no a la labor de verter en un idioma un texto escrito en otro, sino al fenómeno mismo de (por así decirlo) “pensar” en otro idioma o, si se prefiere, por medio de un instrumental lingüístico ajeno y plantear problemas, formula y discutir dificultades filosóficas en un idioma que no es el de uno. Las consecuencias de esto son a la vez deplorables y palpables. Yo soy de la opinión de que por no haber aprendido a plantear problemas en español, no hay una filosofía de la mente que realmente nos convenga, puesto que todo lo que se discute emana de los usos de ‘mind’ y no de ‘mente’, de ‘self’ y no de ‘yo’, usos que son claramente distinguibles y que algunas diferencias importantes acarrearían si sistemáticamente fueran tomados en cuenta. Para empezar, me permito traer a la memoria el archi-ultra-recontra-reconocido hecho lingüístico de que nosotros prácticamente (salvo en el caso del egotista irredimible) en español no empleamos el pronombre personal ‘yo’. Dicho hecho, sostengo, no es desdeñable. Asimismo, recordemos que nosotros en español no decimos cosas como ‘estar fuera de su mente’ (*to be out of one’s mind*), ‘perdí mi mente’ (*I lost my mind*), ‘quitarnos un peso de la mente’ (*to have a load taken off one’s mind*), ‘conocer mi mente’ (*to know one’s mind*) y así indefinidamente. Así, pues, el problema con la filosofía traducida es que, en un amplísimo número de casos, al momento de introducir a la fuerza las formulaciones naturales de otros idiomas excluyendo a las que emergerían de nuestro propio lenguaje natural, los tópicos y los planteamientos de inmediato adquieren un sabor artificial y a menudo se vuelven no ya escurridizos sino hasta incomprensibles o por lo menos completamente ajenos a lo que serían nuestros planteamientos naturales y, por ende, a lo que serían nuestras genuinas preocupaciones filosóficas. La situación es como si en lugar de consumir los jitomates que producimos en México (de donde, permítaseme recordarlo, es oriunda la palabra) se nos alentara a comer únicamente los jitomates importados de California. Esto es un doble error, pues entre otras cosas si bien de menor tamaño y menos intensamente rojos, los jitomates mexicanos son mucho más sápidos y sabrosos que los americanos y combinan mejor con nuestros platillos y con nuestra cocina en general. Yo pregunto: ¿no puede pasar lo mismo con otros productos, aunque no sean de la tierra? ¿Es ello lógicamente imposible? Mi experiencia personal me indica lo contrario.

El gran efecto claramente negativo de la actitud de sometimiento cultural a la que he aludido es el de estar operando todo el tiempo en favor del *status quo* de inicio desventajoso para nosotros, esto es, perpetuándolo. A lo que se nos enseña es a no pensar por nosotros mismos, a no tener ideas propias, a no resolver nuestros problemas puesto que la filosofía es, como dijimos, una reflexión general sobre distintos aspectos de la cultura. Esto quizá no sea demasiado difícil de ejemplificar.

9) Consideremos brevemente la filosofía política. En la actualidad, mucho de ésta consiste en una defensa, abierta o velada, de la democracia, la cual queda a menudo presentada como el sistema ideal, último, definitivo de gobierno y de organización política. En ocasiones, este sistema es defendido por medio de argumentaciones sumamente alambicadas, complejas, refinadas y sutiles (aunque no necesariamente válidas y menos aún convincentes), a través de las cuales los procesos normalmente asociados con la democracia son exaltados hasta los límites del fanatismo (en verdad, yo creo que podemos en la actualidad hablar de un “democratismo fanático”). No es mi interés, sin embargo, examinar a fondo aquí y ahora los pros y los contras de dicho sistema político, sino que quiero considerarlo rápidamente para ejemplificar lo que en mi opinión es un efecto filosófico y político negativo derivado justamente de la sumisión en el ámbito de la producción de las ideas, a su vez resultado (junto con muchos otros factores extra-filosóficos, desde luego) de la “política” de transferencia e importación de pensamientos. Así, asumiendo que la democracia es un sistema que en ciertos países efectivamente funciona, que deja satisfechos a quienes viven bajo ella, etc., (lo cual también es debatible), nos encontramos al estudiarla con que ésta presupone cosas como una población bien alimentada, con una muy extendida y fuerte clase media, niveles aceptables de educación general (digamos que, como en Francia por ejemplo, la población tenga en un 98 por ciento el bachillerato), instituciones sólidas y no carcomidas por la corrupción, etc., etc. Así presentada, inclusive si se le idealiza, lo más grotesco que podría hacerse sería pretender implantar, por ejemplo, el modelo democrático norteamericano, entre, digamos, los nambiquara del Matto Grosso! Es intuitivamente obvio que la mera idea de importar del sistema democrático a una realidad social tan diferente como la de los últimos habitantes de la selva amazónica es abiertamente ridícula (aunque no falta el iluminado a quien se le haya ocurrido y que de hecho lo haya propuesto). Ahora bien, entre las instituciones gubernamentales de un país representativo de la democracia y la organización tribal de los últimos pobladores de la Amazonia hay toda una gama de posibilidades que deberían inducir a pensar que es altamente probable que la democracia estándar, entendida de manera simplista o esquemática, sencillamente no sea el sistema de gobierno mejor diseñado para la solución de los problemas de por lo menos algunas sociedades latinoamericanas.¹

Consideremos velozmente el caso de México. Por múltiples razones, que obviamente no es el momento de considerar en detalle, el hecho es que en México una gran parte de la población está muy rezagada en lo que a educación concierne, desprotegida desde el punto de vista de la salud, de la seguridad personal, etc. El problema es que no fue siempre así o por lo menos no como ahora. Desde luego que

¹ De hecho, Venezuela me parece ejemplificar a las mil maravillas lo que estoy diciendo. Allá la democracia era Carlos Andrés Pérez, con todo lo que éste significaba o acarreaba. Por lo tanto, es claro que no funcionaba y que había que sustituirla por otro modelo, para lo cual se requería, entre otras cosas, imaginación y valentía).

en la gestación de la situación actual entraron en juego innumerables factores, pero a mi modo de ver forma parte de la explicación el hecho de que se forzó a México a transitar en nombre de la democracia del sistema que durante lustros había más o menos funcionado, esto es, el sistema presidencialista, al modelo parlamentarista y partidista que ahora infecta la vida del país. Lo cierto es que el sistema presidencialista mexicano funcionaba mejor que el sistema democrático actual, porque cuando en México los límites de la democracia los marcaba la figura del presidente de la República el país estaba más protegido y los ciudadanos vivían mejor. O sea, que fue cuando tanto a los politólogos como a los pseudo-filósofos políticos mexicanos (locutores de radio venidos a intelectuales) y desde luego a los actores políticos mismos les pareció que lo mejor era simplemente copiar otros modelos de organización política, implantar a toda costa el bipartidismo o algo parecido, realzar la importancia de las cortes o cámaras, exaltar el procedimiento del voto universal y secreto, etc., etc., haciéndole perder mucho de su poder al presidente que México se fue “democratizando” y que entonces el país se fue a pique y entró en el proceso de descomposición que ahora lo agobia. Esto era relativamente fácil de prever: con una población con un nivel educacional bajo, un ausentismo brutal durante las votaciones, falta de conciencia política, manipulaciones y trampas en todos los procesos sociales importantes, represión en nombre de la libertad, entrega casi total del patrimonio nacional, etc., lo único que **no** se necesitaba en el país era la implantación de un modelo importado, el anglosajón en concreto, por exitoso que fuera o haya sido (lo cual es también asunto de debate) en otros países y con otras sociedades. ¿Qué era lo que se requería entonces, concentrándonos en el ámbito de la filosofía política? Tomarse la molestia de generar las categorías políticas propias y por ende adecuadas, de hacer propuestas de organización que emanaran de nuestra sociedad, de nuestros problemas concretos, tomando en cuenta nuestros trasfondos culturales, nuestros rezagos en materia de salud, de educación, de seguridad, etc. En cambio, los geniales importadores de ideas lo único que supieron hacer fue copiar instituciones, modelos de resolución de problemas, etc., e implantarlos o tratar de hacerlo. Pero debió haberseles ocurrido que el mero trasplante categorial e institucional **no funciona** ni puede tener éxito y eso es algo que se puede apreciar a corto plazo, casi de inmediato. La importación de ideas sin un proceso serio y depurado de adaptación no sólo es pérdida de tiempo: es profundamente dañina. Y, obviamente, la política y la filosofía política no son una excepción y lo que pasa en ellas o con ellas pasa en otras áreas.

10) La filosofía es una actividad que pierde su sentido si no está en contacto directo con su realidad circundante. O sea, la filosofía que vale la pena es la que le es útil, vía la divulgación, la interacción y la estimulación, a los científicos, a los artistas, al hombre de la calle con un mínimo de intereses intelectuales o con problemas morales, a los matemáticos, etc., **del lugar**. La buena filosofía, a mi modo de ver, es ante todo de naturaleza **local**. Cándidamente, con toda franqueza: ¿le importa a alguien que su pequeño “paper” sea leído por algún John Smith de Salt Lake City o

en Memphis, Tennessee? ¿Realmente le preocupa algo así? La pregunta sirve para resaltar el hecho de que la filosofía tiene que emanar de la producción cultural en la que está inmersa, puesto que ella misma es tanto un producto super-estructural como una reflexión sobre la cultura. Y esto siempre es posible. En la actualidad **hay** en nuestro medio comunidades científicas suficientemente desarrolladas como para poder interactuar con ellas y producir una muy respetable filosofía de la ciencia. Lo que no existe es la tradición de producir filosofía de la ciencia a partir de esas fuentes, sino a partir de la filosofía de la ciencia ya establecida por gente que hizo precisamente eso en su lugar de origen. Lo que no hay son los planteamientos propios que despertarían en el científico local el interés por los enigmas filosóficos que su disciplina pueda suscitar.

Tomemos otro caso. A menudo se importan, por ejemplo, problemas morales. Considérese el tema del aborto. Es claro que en un lugar como Suiza la cuestión del aborto puede dar lugar a un serio problema moral, pero ¿lo hace también en Somalia? ¿Es deshacerse de un producto que lleva en su seno el mismo problema para una mujer que ya dio 10 o 15 veces a luz que para una mujer que no ha tenido hijos? ¿Para una mujer de un país despoblado que para una de uno sobrepoblado? ¿Para una mujer bien nutrida y rolliza que para una pobre muerta de hambre de 45 kilos? ¿Y no es intuitivamente lo más absurdo pretender enfocar el dilema moral como si fuera uno y el mismo en absolutamente todas las situaciones posibles? Yo ni mucho menos quiero negar que el problema del aborto representa o genera un problema moral real. Lo único que digo es que puede no hacerlo e insistiría en que para entenderlo y enfrentarlo como un problema genuino hay que plantearlo en los términos apropiados para cada situación y que lo más tonto que puede hacerse sería simplemente pretender traspasar los planteamientos y las argumentaciones de un contexto a otro, como si el cambio contextual no alterara su *status*. Ejemplificando con mi propio punto de vista: yo puedo entender el problema del aborto como un problema que genera malestar moral, arrepentimiento, sentimientos de culpa, tristeza, problemas legales, etc., pero si me lo plantean en términos de almas enzimotadas entonces, lo confieso, ya no me preocupa mucho y hasta deja de parecerme un problema real, admitiendo desde luego que pueda haber gente para la cual el problema así planteado sea precisamente el único modo inteligible de formularlo.

11) Teniendo presente lo que hemos sostenido podemos ahora sí considerar el caso específico de la mal llamada ‘filosofía analítica’. Aquí los problemas empiezan con el apelativo mismo, por la sencilla razón de que **en la actualidad** éste no significa prácticamente nada. Sobre este tópico en particular no ahondaré aquí y ahora, por la simple razón de que lo que yo tenía que decir sobre sus orígenes y naturaleza lo dejé plasmado tanto en mi artículo ‘¿*Qué fue la Filosofía Analítica?*’ como en mi libro *Filosofía Analítica: un panorama* y no lo repetiré aquí. Como rasgos constantes pero **contingentes** de dicha filosofía encontramos, *inter alia*, una fuerte vinculación con

la ciencia, el recurso al formalismo (lógico u otro), la aspiración a construir hipótesis que más que de alto nivel yo diría que son de carácter proto-científico concernientes a los aspectos de la realidad que se consideren, pero es obvio que estos rasgos no son exclusivos, propiedad privada de la filosofía analítica. Para mí, ‘filosofía analítica’ significa básicamente ‘filosofía’ en el sentido de que los temas de la filosofía analítica son simplemente los temas clásicos de la filosofía occidental, esto es, conforman un stock de dificultades intelectuales heredado, si bien permanentemente redifrazadas en los ropajes de las terminologías del momento. Según yo, aunque admito de entrada que podría estar equivocado, la filosofía analítica no ha aportado temáticas nuevas y por lo menos hasta donde yo logro ver la única aportación realmente original y novedosa de los últimos tiempos (yo diría siglos, pero para no comprometerme demasiado) que se le podría adscribir es la constituida por las consideraciones de Wittgenstein en torno a la cuestión de lo que es seguir una regla. Pero, dejando de lado esto, a mí me parece innegable que si súbitamente hicieran su aparición ante nosotros Platón, Aristóteles, Sto. Tomás, Leibniz, Kant o Mill, una vez que se hubieran familiarizado con los nuevos vocabularios de inmediato reconocerían los enigmas, comprenderían qué es lo que está en juego, cómo se replantearon ahora sus antiguas dificultades y podrían sin mayores problemas reformular sus posiciones en las nuevas terminologías, así como elevar sus respectivas objeciones. Confieso que medio me deleita y medio apena la fantasiosa idea de un debate entre algún eminente filósofo “analítico” contemporáneo cualquiera (Searle, Dennett, Fodor, Churchland, etc.) y, digamos, Berkeley resucitado y actualizado, porque por más que me esfuerzo no veo cómo podrían ganarle una discusión al gran inmortalista. En otras palabras, la especificidad de la filosofía analítica no proviene de temáticas especiales, sino más bien de un enfoque particular, de un modo propio de lidiar con los enigmas de la filosofía. Sin embargo, como dije, no intentaré aquí profundizar en esta cuestión.

12) Regresando a nuestro tema: ¿qué problemas específicos nos plantea aquí y ahora la filosofía analítica? En concordancia con lo dicho, me parece que lo que habría que decir es que exactamente los mismos que plantean la hermenéutica, el existencialismo, la fenomenología, el marxismo o el tomismo. O sea, así como hay poesía barata y poesía buena, música insulsa y música de calidad, etc., así también hay filosofía analítica útil y filosofía analítica inútil. Lo que sostengo es que esta última es básicamente la que no pasa de ser filosofía importada y traducida, en tanto que la primera es el trabajo filosófico conectado con lo que son nuestras inquietudes y problemáticas, esto es, el tratamiento de las dificultades filosóficas que se generan en los contextos de nuestros matemáticos, nuestros físicos, nuestros politólogos, etc., realizado al modo como tradicionalmente se trabaja en filosofía analítica formulables y en lo que es nuestro lenguaje natural. Esto tiene que ser matizado y comprendido cabalmente, pues quisiera evitar hasta donde sea ello posible que se me adscribieran puntos de vista ridículos: no estoy insinuando que no debemos leer lo que se escribe en otros idiomas, ni que no participemos en los procesos de

intercambio académico con los profesionales de la filosofía de otros países. Tampoco estoy exhortando a que no se envíen trabajos a revistas extranjeras y, por ende, en inglés. No quiero comprometerme con posiciones absurdas y fácilmente rebatibles. Estoy simplemente preconizando que se contextualice nuestra producción, tal como lo hacen las comunidades filosóficas de muchos países en el mundo, y que se trabaje en filosofía para la comunidad filosófica a la que uno pertenece y, por ende, para las comunidades científica, religiosa, política, artística, etc., de la zona cultural a al que uno pertenece. También en Finlandia, en Rusia, en Portugal, en Italia, en Francia o, en América Latina, en Brasil, hay comunidades filosóficas, muchas de ellas importantes, pero sus miembros escriben en sus propios idiomas y no hay más que ir a las librerías en los respectivos países o ver sus listas de revistas para darse una idea de ello. Si el filósofo analítico europeo continental no tiene complejos frente al anglo-sajón ¿por qué el latinoamericano sí tendría que tenerlos?

Preguntémonos ahora: ¿qué problemas plantea la filosofía analítica traducida? A mi modo de ver, el gran problema de la mala filosofía analítica es su esterilidad cultural, su carencia de sentido, su ineffectividad para incidir de uno u otro modo en la vida académica y extra-académica de la sociedad en que es producida, su carácter de disciplina esotérica y de juego social excluyente o segregacionista. Dado que la filosofía analítica es la más importante de las escuelas filosóficas en nuestro medio, es natural que sea sobre ella sobre la que más recaiga la responsabilidad de hacer de la filosofía una actividad socialmente inútil. Lo peor que le puede pasar a la filosofía, a la analítica en particular, es convertirse en una manivela que puede girar en un sentido o en otro y que no afecta en nada el funcionamiento de la maquinaria en la que está inserta, esto es, en la gran maquinaria de la producción cultural de un país. Pero hay que añadir a este aspecto negativo de la mala filosofía analítica otro que más que negativo es francamente ridículo. Si no me equivoco, muy a menudo están asociadas con la mala filosofía analítica diversas expectativas nunca hechas explícitas, ciertas ilusiones nunca confesadas, algunos problemas serios con la autoimagen, una estrechez de miras formidable y una ignorancia pasmosa de las condiciones en las que se desarrolla el mundo, filosófico u otro. Vayamos por partes, pero seamos francos.

13) Hay quien ha considerado que un rasgo esencial de la filosofía analítica es que es filosofía escrita en inglés. Quisiera rápidamente examinar críticamente este punto de vista. Sin duda una de las expresiones más genuinas de la sumisión colonial filosófica es la ansiedad, la necesidad de escribir y publicar en su lugar de origen en un idioma que no es el de uno. Da la impresión de que quienes en su propio país pretenden escribir sistemáticamente en un idioma diferente al suyo (y, más concretamente, en inglés) a menudo se imaginan que es por casualidad o por mala suerte que forman parte de la comunidad filosófica y lingüística de la que de hecho forman parte pero que en realidad ellos, por así decirlo, merecerían pertenecer a otra

comunidad, es decir, a la del país avanzado de su elección. Si tuviéramos que construir un diagnóstico del caso habría que ofrecer uno en términos de delirios o de complejo de inferioridad o tal vez de mera fantasía narcisista sin mayor sustento. Empero, sea ello como fuere, lo que los partidarios del *Spanglish* a través de esta actitud y de estas ambiciones sí manifiestan es una ignorancia alarmante respecto a (entre otras cosas) la naturaleza de su propia actividad y a cómo se maneja el mundo y no parecen reparar en que, se auto-conciban como se auto-conciban, lo más probable es que en esas otras comunidades a final de cuentas no sean realmente tomados muy en serio. El emigrado filosófico las más de las veces no pasa de ser un advenedizo en el otro mundo y sólo en muy raras ocasiones se le concede el *status* de interlocutor real. Lo peor del caso es que eso es razonable y comprensible, porque los profesionales de la filosofía de los países de avanzada con los que sueña codearse hacen precisamente lo que yo preconizo para nosotros, es decir, se ocupan de la filosofía hecha en **su** lenguaje, por los miembros de **su** comunidad, con miras a resolver **sus** problemas, tal como ellos de manera natural se los plantearon. Es por razones externas, debido a fenómenos como la globalización, los intercambios académicos, los becarios en el extranjero, las invitaciones de ida y vuelta, etc., que algunos buscan afanosamente que se les otorgue la oportunidad de publicar algo allá, relegando entonces su centro filosófico vital real a un segundo plano. Y aquí tenemos que distinguir dos casos diferentes, uno inatacable y el otro indefendible. El inatacable es, en mi opinión, el caso de quien escribe en otro idioma cuando publica en países en los que el idioma oficial es diferente al suyo. Yo en lo personal no tendría nada qué objetar a dicha práctica salvo que desde mi perspectiva las aportaciones que se hagan deberían estar dirigidas más que para beneficio de otros para el de los miembros de la propia comunidad de uno. Pero dejando de lado ese detalle no creo que haya nada más qué objetar. En cambio lo que sí me parece inaceptable (y, siendo francos, odioso) es la pretensión de publicar en su propio país en otro idioma, como si desesperadamente se estuvieran haciendo señales a colegas de otro mundo y deliberadamente se intentara cortar toda comunicación con los del mundo al que uno pertenece. En relación con esto, creo que sería bueno no engañarse: en general, cuando en su propio país un miembro de alguna comunidad filosófica que no es de las de punta escribe, digamos, en inglés, las más de las veces la inmensa mayoría de los miembros de comunidades filosóficas más poderosas prácticamente ni se ocupa de lo que publica o simplemente pasa desapercibido y su trabajo muy rápidamente cae en el olvido. Como siempre, hay desde luego excepciones, en cuyo caso lo que habría que decir es que esos sujetos no pertenecen ya a nuestra comunidad, es decir, dejaron de pertenecer a ella. Y yo diría que, en última instancia, es normal y comprensible que así suceda. Lo que hay que hacer es justamente aprender de aquellos con los que uno se quiere medir: la filosofía viva es la filosofía útil y ésta es la que es producida para el entorno en donde florece, en función de las necesidades (teóricas y prácticas) reales en la que se gesta y en el idioma en que el profesional de la filosofía de manera natural se expresa. Eso es lo que los polacos, los alemanes, los franceses, los italianos, etc., hacen y, como dije,

creo que hacen bien. En cambio, la actitud propia del sometido cultural que aspira con toda su alma a formar parte de los grupos filosóficos de otras zonas culturales, aunque se le ubique en la retaguardia o en la periferia y sea totalmente insignificante, quien cree que puede pertenecer a dichas comunidades sólo porque de cuando en cuando escribe en su idioma, resulta realmente una figura patética. Desafortunadamente, el problema tiene raíces profundas, como lo pone de relieve el hecho de que conductas así están sistemáticamente reforzadas por políticas educativas absurdas y que es menester combatir, como la que se practica en México, en donde para ciertas evaluaciones un artículo en inglés vale tres artículos en español, por ejemplo. Que políticas así son absurdas y contraproducentes salta a la vista: en lugar de promover la liberación intelectual y el desarrollo cultural promueven el sometimiento, puesto que si a través de un artículo se hiciera alguna aportación importante a una determinada temática, quienes de inmediato y más directamente se beneficiarían de dicha aportación serían los hablantes naturales de ese otro idioma. Más contradictorios es difícil serlo.

14) Para efectos de esta intervención, quiero sugerir que la filosofía es una disciplina y una actividad tal que para tener derecho a pronunciarse sobre ella con un mínimo de autoridad hay que haberle dedicado no menos de 30 años de vida, por muchas razones. Yo, con su venia, me voy a aventurar a pronunciarme al respecto y lo que quiero decir es muy simple, a saber, que la buena filosofía es siempre intelectualmente excitante. Infiero de ello que una característica fundamental de la mala filosofía, de la escuela que sea, es que es declaradamente aburrida. Ese es nuestro termómetro. Preguntémosnos entonces: ¿a qué se debe que tan a menudo nos topemos con la queja de que la filosofía analítica es aburrida? En otras palabras: ¿por qué hasta los mismos practicantes de dicha escuela la encuentran a menudo soporífera, y lo peor del caso es que con razón? En mi opinión, la explicación última consiste en que mucha gente interesada en filosofía **no ve ni siente** ninguna conexión entre su vida y ciertos productos filosóficos. El ciudadano latinoamericano, profesional de la filosofía o no, tiene derecho a productos filosóficos consumibles directamente en su idioma, así como un niño tiene derecho a productos lácteos de buena calidad adquiribles en la tienda de enfrente y no teniendo que pagar para ellos con divisas. Desde mi perspectiva, el distanciamiento con la filosofía analítica y la animadversión que genera se fundan en que en muchas ocasiones lo que se nos entrega son productos filosóficos desconectados por completo de nuestra vida local, en el sentido amplio de la expresión que incluye a nuestros científicos, nuestros matemáticos, nuestras tradiciones, nuestros problemas cotidianos, nuestras problemáticas ideológicas, etc. El colmo es que hasta los ejemplos son importados! El resultado neto es que la filosofía analítica (o cualquier otra) meramente traspasada de su hábitat natural a otro es un obstáculo para el ejercicio libre del pensar, para el desarrollo de la imaginación y el ingenio, para la gestación de planteamientos propios. Un último ejemplo para ilustrar lo que estoy diciendo. Consideremos la famosa Teoría de las Descripciones. Se trata de una

teoría que versa en gran medida sobre el artículo definido ‘el’. Mi pregunta es: ¿es una teoría, por así llamarla, translingüística, esto es, universal? Yo pienso que sí. Pero entonces ¿cómo se expone y aplica en idiomas que, como el polaco y el ruso, no tienen artículos, ni definidos ni indefinidos? Si los miembros de las comunidades filosóficas polaca y rusa fueran como muchos latinoamericanos, ellos discutirían la teoría importando el artículo. Pero no lo hacen: lo que hacen es parafrasear la teoría de modo que en **su** idioma se pueda decir exactamente lo mismo que se dice en inglés cuando se afirma ‘The present king of France is bald’. ¿Por qué si ellos pueden hacer algo así nosotros no podríamos hacer lo equivalente?

15) Termino. Uno de los errores de comprensión más crasos que se puedan cometer es pensar que la filosofía analítica es propiedad de los anglo-sajones. Esa me parece una de las mayores barrabasadas con las que al día de hoy me he topado. Aparte de incurrir en un error categorial casi risible, como si pudiera etiquetarse una actividad humana como perteneciente a un país o a una sociedad, quien piensa así revela padecer una miopía histórica asombrosa. Es como si en la época de Sócrates a algún griego se le hubiera ocurrido afirmar que la filosofía sólo se podía hacer en griego, que en la época de Sto. Tomás algún habitante de la Toscana hubiera dicho que la filosofía sólo se podía redactar en latín o que en los tiempos de Kant un habitante de Königsberg hubiera tajantemente afirmado que la filosofía sólo tiene sentido en alemán. Probablemente no faltará el lunático que en la actualidad sostenga más o menos lo mismo en relación con el inglés, pero el valor de su dicho es el mismo que el de los ejemplos imaginarios mencionados. Por otra parte, si fuera un individuo de habla inglesa quien sostuviera una tesis así, yo desde luego pensaría que su posición es errada, petulante y propia de un gran ignorante, pero si quien lo sostuviera fuera un hablante natural del español me parecería lo anterior y además una aberración despreciable, una lamentable manifestación de auto-repudio y de vergüenza de sus orígenes, un caso paradigmático de colonización y sometimiento cultural. Huelga decirlo, con posiciones así llegamos al límite en nuestra capacidad de razonar. La verdad es que tenemos que felicitarnos por el hecho de que una discusión así concierna básicamente al inglés, esto es, un idioma relativamente fácil de interiorizar, porque ¿cómo tendríamos que proceder si el idioma imperialista fuera el chino y con quien nos topáramos fuera con quinta-columnista filósofo pro-chino? Afortunadamente, como no todos pueden tener razón simultáneamente, infiero que la tesis involucrada es totalmente falsa, además de tener rasgos en los que prefiero no entrar. Lo que por nuestra parte podemos con certeza señalar es que en sus orígenes la filosofía analítica no se escribía en inglés y si no lo era así en sus orígenes no veo por qué tendría que serlo en nuestros días. De nuevo, sostener algo así sería como si alguien dijera: el muralismo sólo puede ser mexicano, la música sinfónica sólo puede ser alemana, la ópera sólo puede ser italiana, el teatro sólo puede ser griego, y así *ad nauseam*. La verdad es que no me parece que valga la pena siquiera considerar en serio semejante tesis, por lo que no me ocuparé más de ella. Lo que en cambio sí tenemos que tener presente es que, en español, en inglés,

en ruso, en árabe o en el idioma que sea se puede generar tanto filosofía analítica de calidad como filosofía analítica mediocre y aburrida. Esta última, aparte de aburrida, se caracteriza por no pasar de ser una especie de escolástica analítica, en la que proliferan las etiquetas, en la que se discuten multitud de temáticas baladíes, sometidas a la moda filosófica en turno, en la jerigonza a la moda y, por decirlo de algún modo, sin vida y, por ende, sin repercusiones en su entorno. Naturalmente, una filosofía así es quizá lo único a lo que no quisiéramos dedicarle nuestra existencia.